

de nuestra milicia: la fe, la esperanza y la caridad. Aquí cobraréis la fuerza necesaria para todo triunfo cristiano: el sacrificio. Aquí en fin hallaréis el consuelo en vuestras penas y el éxito en vuestras santas empresas.

Señora y Madre nuestra: hé aquí á los párrocos de esa ciudad afortunada entre todas las de nuestra patria, agrupados en torno á su ilustre y amado Pastor y postrados á tus plantas. Venimos hoy á proclamarte de nuevo nuestra Reina y Soberana y á rendirte el pleito homenaje de nuestra sumisión y de nuestro amor. Reina, Señora, en nuestros corazones; reina en los de nuestros feligreses; que por Ti reine el Sacratísimo Corazón de Jesús en nuestra patria y así como por nuestras manos has sido coronada en la tierra, así seamos coronados por Cristo de gloria y honor en el cielo.

# IX

## Predicado por el Sr. Presbítero Don Jose M. Vilaseca, el día 28 de Octubre. (\*)

*Monstra te esse Matrem. Manifiesta que eres nuestra madre.*

¡UJÁ nunca, amados hermanos míos, se volverá á ofrecer una ocasión tan oportuna para que todos nos dirijamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, con una oración muy fervorosa, con una oración la más continua, y oración que saliendo del fondo de nuestro espíritu, le digamos que nuestro Padre. ¿Sabéis por qué? Porque las graves necesidades que tenemos son tales y tantas que sólo María de Guadalupe, que es nuestra Madre, podrá remediarlas. Estas necesidades que afligen desde el más pobre hasta el más rico, gravitan de un modo particularísimo sobre el Romano Pontífice; por esto, así como él en su celebrísima y última Enciclica sobre el Santísimo Rosario, le decía fervorosamente que mostrara que es nuestra Madre, así nosotros, viendo lo que pasa en México con relación á los indios, hemos de rogarle y suplicarle lo que os dije al principio: «¡Muestra que eres nuestra Madre!» Por lo demás, es una cosa utilísima y aún necesaria, que le pidamos que renueve en nuestro tiempo, lo que hizo al principio de la conquista en favor de los indios, de los pobres indios. Sí, Madre de Guadalupe, el estado tristísimo de los indios nos obliga á pedirte un nuevo milagro como lo hiciste en aquel tiempo, en que descendiendo del cielo á la tierra, le hablaste al venturoso Juan Diego, y le dijiste con todo afecto: «Hijo mío, Juan Diego, á quien amo con afecto y ternura, es mi voluntad que en este lugar se me edifique un templo.»

«Oh, amados hermanos míos! desde entonces quiso la Santísima Virgen mostrar que tenía entrañas de verdadera Madre, no sólo para todos los cristianos en general, sino que también de una manera especialísima de los pobres indios; por eso desde aquel momento, como el más eficaz efecto de su dulce maternidad, comenzó la conversión de los indios, de modo que cuando uno lee la historia de aquellos tiempos, ve el milagro, el gran milagro de la Santísima Virgen en favor de la raza indígena. Ved, pues, lo que hemos de pedir á María Santísima de Guadalupe, porque todavía tenemos indios, y los tenemos casi en todo México, y á cada paso se encuentran hombres y mujeres que no son cristianos, que viven

\* Hé aquí la licencia de la autoridad eclesiástica: «El Ilmo. Sr. Arzobispo, en vista del dictamen del Censor, se ha servido acordar digno á Vd. que puede publicar el sermón del Pbro. D. José María Vilaseca que produjo el mismo en la Insigne Colegiata de Sta. María de Guadalupe. Dios guarde á Vd. muchos años, México, Noviembre 14 de 1865.—Meliso de J. Vilaseca»

como salvajes, como animales; viven entregados á la idolatría y viven no pocos con las armas en la mano defendiendo sus terrenos; y tal vez no exageraríamos, si dijéramos que ellos nos rodean como el anillo de hierro á los rayos de la rueda de un carro para que no se desgrane. Esto nos ha de obligar á que todos á una voz le pidamos á Nuestra Señora de Guadalupe, que como tierna y cariñosa Madre de los pobres indios, renueve en su favor las admirables consecuencias de aquel milagro. Para que así sea, y le pidáis con todo el afecto de vuestro corazón, el cumplimiento de tan gran maravilla, voy á manifestaros el triste estado en que viven los indios, y su posible conversión: para acertar un poco, invoquemos el auxilio de la Santísima Virgen.

«Soberana Señora y Madre nuestra, María Santísima de Guadalupe, tú que descendiste del cielo á la tierra, para la conversión de los pobres indios y que obrando con el poder de Madre de Dios, en pocos años se verificó entre ellos tan santo cambio, que México pagano quedó en muy poco tiempo. México católico, te pedimos nos ilumines para que conozcamos, como es debido, el estado actual de los indios, y en vista de la realidad de los hechos, comencemos á trabajar con todas nuestras fuerzas para su conversión! te lo pedimos saludándote con las palabras del Arcángel: AVE MARÍA.

*Monstra te esse Matrem. Muestra que eres nuestra madre.*

Desgraciadamente, amados hermanos, hay muchas personas que si se les habla de la conversión de los indios, dicen que no es necesaria; porque creen erróneamente, que estando como se dice en la conclusión del siglo de las luces, no puede haber las espesas y negrísimas tinieblas de la mayor ignorancia religiosa y aún las de la idolatría (1), ella existe, y además es una cosa tan cierta, que poco nos costará demostrarlo.

«¡Ah, amados hermanos míos! cuando aquellos indios llenos de furor empuñaban las armas y emprendieron la marcha para reconquistar lo que era suyo, ¡ah, hermanos míos! entonces hechos un solo cuerpo y una sola idea, se dijeron: vamos, pues, á defender nuestros terrenos que nos han arrebatado, y comencé aquella lucha tan terrible de la que nos habla el Lic. Barreiro en su historia yucateca, y aquellos hombres enfurecidos lo quemaron todo y lo re-

1 El mismo Padre Vilaseca, en su «Pequeña Historia que para el Instituto Joséfino» envió á la Santa Sede, se lee lo siguiente: «Ocupados los primeros diez años en nuestro ministerio sacerdotal, en el ejercicio de las Santas Misiones en su mayor parte y en diversos puntos de la Iglesia Mexicana, pudimos en distintas ocasiones, vistas las circunstancias por las que atravesáramos, concebir los más vehementes deseos de hacer de nuestra parte cuanto pudiésemos para misionar á su tiempo á tantas tribus que, errantes aún por los bosques y lugares deshabitados, yacen todavía en las tinieblas de la idolatría, y por tanto en el mayor grado de abyección, que es propia de los infieles. «Durante los días de la dominación española en el inmenso territorio de México, ese gobierno, como protector nato de la religión católica, continuó formando los Misioneros de propaganda fide de entre frailes dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y jesuitas, y esos Misioneros que como ángeles en carne, en cuyo corazón flameaban ardientísimas llamas del amor divino, eran verdaderamente incensables para todos los indios salvajes, los cuales quedaban después de su conversión al cuidado de los padres que los habían convertido, formando de aquel territorio un lugar católico donde era venerado nuestro buen Dios. «Desde el momento en que un conjunto de ranchos ó de pequeños pueblos, convertidos á la religión católica, eran suficientes para formar una parroquia, eran examinados si sus habitantes se hallaban satisfactoriamente instruidos, después de lo cual se procedía á erigir canónicamente el nuevo curato; y junto con el gobierno eclesiástico ó parroquial, establecíanse también en dicho punto el elemental y católico gobierno español, por medio de un presidente, los cuales quedaban después de su conversión al cuidado de los padres que los habían convertido, formando de aquel territorio un lugar católico donde era venerado nuestro buen Dios. «Durante los días de la dominación española, en el inmenso territorio de México, ese gobierno, como protector nato de la religión católica, continuó formando los Misioneros de propaganda fide de entre frailes dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y jesuitas, y esos Misioneros que como ángeles en carne, en cuyo corazón flameaban ardientísimas llamas del amor divino, eran verdaderamente incensables para todos los indios salvajes, los cuales quedaban después de su conversión al cuidado de los padres que los habían convertido, formando de aquel territorio un lugar católico donde era venerado nuestro buen Dios. «Al concluirse la dominación española, debemos constar, que fueron acabando también los presidios, y lo que fue más de sentirse, los venerables Misioneros de propaganda fide; y por consiguiente, no sólo no siguieron convirtiéndose nuevos indios, sino que muchos de los que antes se convirtieron nuevamente á la barbarie y á la idolatría, verificándose principalmente en los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, Chiapas, Guatemala y Yucatán, territorio de Tepic y gran parte de la Sierra Madre. Bien podríamos probar todo esto refiriendo los terribles estragos causados por la invasión de los indios matando á innumerables particulares, asaltando muchos ranchos, pueblos y villas; talando inmensos campos de haciendas, y aun destruyendo é incendiando algunas ciudades, y refiriendo algo de lo que á nosotros mismos nos fue comunicado, cuando miséramos como Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; pero queremos prescindir de nuestras observaciones para entresacar algunos pensamientos del Lic. Barreiro, en su cuaderno histórico sobre Yucatán (1841)»

dijeron á cenizas; á nada, y esto hasta seis leguas de Mérida (2), y desde entonces, ¿qué ha sucedido con aquellos indios? así se han quedado, nadie ha podido penetrar allá, viven como ellos quieren, según nueva religión, pelean contra todos, y ellos fundaron desde entonces en Chan, Santa Cruz, sus reales y su religión. Desde entonces viven en aquellos centenares de leguas, sin religión verdadera, y viven sin oír jamás una palabra de la Santa Iglesia católica que se les haya enviado por medio de sus misiones; de manera que hay miles y miles de hombres y mujeres que saben de catolicismo nada. Ved ahí, hermanos míos, la necesidad que tenemos de pedir á María Santísima de Guadalupe, que renueve por medio de un nuevo milagro, las grandes obras que estaban establecidas para la conversión de los indios, y que muestre también que es nuestra Madre, que nos llene de sus gracias y de sus bendiciones, para que trabajen ambos Institutos Josefinos en la conversión de los pobres indios. Y ¿qué diremos de Chiapas, que ni en los días del Venerable Padre Margil pudo convertir á sus indios? ¡Pobres Lacandones! éstos ni llegaron jamás á abrazar el catolicismo, y millares de millares viven en aquellos centenares de leguas que en medio de multitud de Masas orientan también las ruinas de sus admirables Palenques, que puestos en ciertos lugares, llegan hasta la Diócesis de Tabasco.

Veamos ahora algo de lo que pasa en Oaxaca: ¿qué es Oaxaca con relación á los indios? ¡Ah, hermanos míos! el día que su dignísimo Arzobispo Guillow emprendió su santa visita pastoral por aquellas montañas encontrará el buen Pastor á innumerables indios que comenzarán á ser consolados con su visita pastoral! ¡Ah, hermanos míos, qué multitud de ellos verá por aquellos lugares, que están acabando de perder su fe! Los hay de 6, de 8, de 10, de 20, de 40 años sin el bautismo todavía, que no lo han recibido por falta de misioneros, y viven como animales, ni conocen á Dios que les dio la vida. Y si vamos recorriendo el Arzobispado de Durango, ¿qué diremos de él? ¿qué diremos de Nuevo León y Coahuila, de Tamaulipas y de Veracruz? Todos tienen muchos indios sin fe, sin religión, semisalvajes unos, y del todo salvajes otros. Yo á nadie acuso, ni á nadie culpo, porque no es tiempo de acusar, ni de culpar á nadie; sólo deseo demostrar la necesidad que tenemos de trabajar por la conversión de los pobres indios, y que todos los mexicanos conozcan lo que es México, con relación á la raza indígena y se sirvan de sus recursos, de su saber y de su virtud, para convertirlos.

«¡Pobres Obispos los que vivían antes de la erección de los nuevos Obispos! Recibían noticia de la muerte de los misioneros y

2 En su «Cuaderno Histórico sobre Yucatán» dice el Licenciado Barreiro: «Al dirigirse desde Mérida de Yucatán la vista desde el cielo que cubre las regiones del interior, se nota un color de plomo como el paño de una tumba; porque se aspira una brisa impregnada de veneno, que aterroriza por traer sus hombres los alaridos de los bárbaros salvajes. «Los habitantes de Chan, Santa Cruz, son unos indios bárbaros que han su raza; no se deporan el concho con que se alimentan, porque nada comprenden por la crasa ignorancia en que viven; y por ese ideosmo pernicioso que se nota en sus semblantes, el tratarse de cosas que salvan el círculo de sus supersticiones en que están encerrados. Ellos se creen fuertes en sus bosques donde sin piedad suceden con un torrente impetuoso, sobre las poblaciones. Miralles ahí... quebraban las ramas de un impenetrable bosque, disparan sus flechas y sus flechetas, tastan con el incendio las verdes hojas y llevan el exterminio por todas partes. Todo esto lo hacen porque no se les inspiró el amor, sino el temor; no se les enseñó la religión de Jesucristo, sino que abandonaron de ella. «Imaginéis en Valladolid, en Tihouco, en Itamal, en Tunkas y otras poblaciones los infinitos tormentos que sentirían sus habitantes al oír el grito de guerra de muerte... Allí vieron los esposos arrojados en sus brazos á sus tiernas esposas que, aspirantes, les daban su postrer adiós. Allí innumerables ancianos con las canas teñidas de sangre, morían al golpe de los bárbaros que en todas partes tenían frente á frente el terror que con su rojiza tea iluminaba las paredes de las casas de los ricos y el gano de la chora del jornalero. «El mal subsiste; se repiten con frecuencia las escenas de horror de Tunkas, Pisté, Citas, Valladolid, y de otros muchos pueblos... A manos de yendo á pedruzcos... y los departamentos de Mérida y de Campeche han perdido ochenta y seis (84,286) personas. «Los indios viven en la mayor abyección y abatimiento desde siglos atrás; las grandes masas de indios que en un tiempo especial en instruídos en la religión y en sus deberes sociales.» «Para concluir diremos que lo que dice Barreiro de Chiapas, puede decirse también algo que ha sucedido en los Estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, de Tepic y gran parte de la Sierra Madre; de Chiapas y gran parte de Tabasco, así como de los distritos y obispos que colindan con las fronteras de México. «Pues bien, remediar tantos males por medio de los Misioneros Josefinos, fue la grande idea que á nuestro parecer nos inspiró el Señor San José, en el acto de la inauguración del Colegio Clerical, verificada en el mes de Septiembre de mil ochocientos setenta y dos (1872); idea que con justicia la podemos colocar en nuestras santas Reglas, y que aun hemos querido considerarla, formando ella uno de los principales fines de nuestro santo Instituto.

de los curas, y contestaban con gran pesar y casi llorando: no tengo á quien mandar; que el cura más inmediato se haga cargo de dicho curato. De ahí resultaba, que poco á poco todo se fué acabando y que una gran parte de aquellos puntos se quedaron sin ministros evangélicos, y que los indios se iban quedando sin conocer lo que es la Religión, sin conocer á Dios; así se han pasado los años resultando que dichos lugares se encuentran á corta diferencia, como la alta y baja Tarahumara. Colinda con Chihuahua, Coahuila; Coahuila con Nuevo León, y éste con Tamaulipas. Hace ya unos treinta y cuatro años, estaba yo dando misiones por aquellos rumbos, allí fué donde yo conocí por primera vez á los indios vestidos, por decirlo así, como nuestro primer padre Adán y nuestra primera madre Eva cuando estaban en el Paraíso. ¡Ah, cuántas cosas no pudiera decirles de lo que ví y oí en aquellos días sobre la indiana mexicana! ¡Ojalá, hermanos míos, que os pudiera inflamar vuestro corazón para que os animarais á trabajar cada uno como pudiera en la conversión de los indios; por esto pido hoy á la misma Virgen que bajó del cielo, que renueve el milagro en favor de ellos; por esto también os pido á vosotros que le pidáis y le digáis que muestre de nuevo que es nuestra Madre, viendo que hay entre nosotros tanta gente que vive sin religión, sin recibir los Santos Sacramentos; y que son á centenares de centenares los hombres y mujeres que viven en las tinieblas de la ignorancia, y son otros tantos miles de miles de almas que se pierden; así, hermanos míos, éste es el estado de una gran parte de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas con Veracruz. ¡Cuánta gente que no conoce al verdadero Dios! ¡Cuántos los que si así se mueren no irán al cielo! Roguemos á Dios por ellos y sigamos, sigamos adelante preguntando: ¿hay indios idolátras? ¿qué ha sucedido con ellos? Yo alabo de corazón al venerable Obispo de Puebla cuando tuvo bastante ánimo y apostólico valor para decir: en mi diócesis hay salvajes, hay indios idolátras, aquí están; y cuando hubo personas que le dijeron lo contrario (porque no quieren comprender que á pesar de estar en el siglo de las luces, todavía hay mucha ignorancia, y hay lo que llamarse puede las tinieblas del error y de la idolatría); yo á nadie culpo, contestó: sea lo que fuere de lo que antes se hizo en favor de esos pobrecitos que viven en los montes y se encierran en las cuevas como los animales; pero si repito que en mi diócesis hay idolátras.

Si nos introdujimos hacia el interior de México y penetramos en Zacatecas, ¿qué es lo que hay en esas montañas del Nayarit y esto siguiendo hasta llegar á Tepic? (3) Os diré que allí se encuentran también indios sin fe y sin religión; y se encuentran en tanto número, que hace quince años un sacerdote que yo conocí y que aún he comido con él muchas veces, se internó por aquellas montañas, con un carácter semioculto, y encontró ciento veinticinco ranchos, haciendas y pueblos, en los que había multitud innumerable de gentiles sin religión y sin catolicismo; y lo mismo, como él me aseguró, sucede en Zacatecas.

Vamos adelante; ¿qué es lo que sucede en el Obispado de Chiapas? Afortunadamente su apostólico Obispo asegura que tiene indios salvajes é idolátras. Dichoso él, porque ha emprendido ya muchas obras para que se conviertan. ¡Ojalá lo alcance! Ved ahí, hermanos míos, el estado en que se encuentra nuestra República. Pero, Padre, y ¿Qué tanto y aun el resto de México, es lo mismo? El resto de México también se encuentra, á corta diferencia, en el mismo estado sin exceptuar el mismo Arzobispado de México; y yo mismo en las diversas misiones he visto á los indios, que tenían sus idólos; tenían ciertos lugares escogidos que eran sus adoratorios; y de hecho iban á adorarlos conforme á sus ritos. ¿Veis con cuánta razón os digo que hay necesidad de pedirle á la Santísima Virgen de Guadalupe que renueve los efectos de aquel su milagro, como lo hizo en los tiempos del venturoso Juan Diego?

«Y podrá remediarse tan triste estado que guardan los indios en toda la República Mexicana? Evidentemente que sí, porque la Potestad civil y eclesiástica, obrando de consuno, podrían obrar en la conversión de los indios como en los días del gobierno español; y

3 Como el apostólico Obispo de Tepic, Ilmo. Sr. Díaz, con motivo de las fiestas de la Coronación de Nuestra Señora, ha emprendido un interesante trabajo en favor de los indios del Nayarit, no podemos menos que bendecir al cielo y felicitar á dicho Ilmo. Sr. Obispo por la grande obra que ha acometido.

esto daría el glorioso resultado de ver á millares de indios que entrarían de lleno á vivir en sociedad, y por tanto, á disfrutar para siempre los admirables beneficios de la civilización cristiana.

Si esto no fuera posible, por el actual orden de cosas, podrán hacerlo ciertamente nuestros dignísimos Prelados, que puestos al frente de sus diócesis encontrarán muchos medios, á medida que se les vaya indicando los admirables y aun casi increíbles resultados de su visita pastoral por entre los lugares y montañas donde los indios se han refugiado.

Y dejando aparte tan admirables medios que la dignidad, el saber eclesiástico y el celo de la salud de las almas inspirarán á tan dignísimos Pastores en favor de sus más necesitadas ovejas os diré sencillamente que nosotros, como devotos Josefinos, hemos de adoptar dos cosas. La primera es: oración, mucha oración; oración muy fervorosa, oración muy devota á la Santísima Virgen de Guadalupe; y oración, pidiéndole con el mayor fervor la formación de los Misioneros Josefinos, ya que según sus reglas, éstos tienen por objeto dedicarse á la conversión de los pobres indios.

¡Padres y madres que formáis la Asociación Universal Josefina y demás devotos de San José! á vosotros me dirijo para que forméis desde el principio á alguno de vuestros hijos de modo que puedan ser Misioneros, y después nos los mandaréis para que en nuestro Colegio Josefino los formemos como se deben formar, en virtud y letras, y sean verdaderos apóstoles de los indios. Pero ¿qué no bastan los Seminarios? No, ciertamente que no; porque un Seminario, por bien que eduque á sus alumnos, por perfectos que sean sus Reglamentos, y por bien que se guarde la disciplina, podrá servir para formar buenos vicarios, y aun excelentes curas; pero jamás podrá formar un Misionero; porque éste, debiendo vivir como Melquisedec, con relación á su familia, debe dedicarse del todo á la salvación de las almas, y de un modo especial á la conversión de los indios; y esto no se enseña en los Seminarios.

Ojalá que así como para arreglar este templo, que puede decirse que es por su lustre y magnificencia, una verdadera Casa de Dios; y para arreglarla como vosotros la véis, se ha necesitado dinero y más dinero, hasta poder decir que una lluvia de plata y oro ha hecho lo que todos estamos viendo, y de esta manera, con modo verdaderamente digno, se ha obrado la régia coronación de la augusta Madre de Dios en su sagrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; así deseamos nosotros se verifique una cosa semejante en la mística coronación de tan Soberana Señora, cuya corona ha de componerse de tantas y tan exquisitas piedras preciosas, cuantas sean las almas de los pobrecitos indios que se conviertan, mediante los trabajos de los Misioneros Josefinos.

Además de la corona que fué colocada sobre las sienes de la Virgen Guadalupana, se le arregló también esta gran Basílica, que es como su propia casa, que ella misma escogió en las faldas del Tepyac; así también se necesitan casas donde se recojan los jóvenes que han de formarse Misioneros. Y para esto ¿cuánto dinero se necesita? Sólo de este modo podrán formarse y tendréis en vuestro mismo país los Misioneros de la propagación de la fe en favor de vuestros indios. Entónces el Misionero irá á buscarlos, se introducirá en sus montañas, trepará de riesgo en riesgo, los sacará de sus cuevas y escondrijos, y los formará en ranchos, en haciendas y aun en pueblos, para que poco á poco reciban de lleno la instrucción y la educación religiosa, con todas las ventajas de la civilización eminentemente cristiana.

A vosotros, devotos Josefinos, hoy que por motivo de la Coronación con tanto afecto habéis venido á visitar en este día á la Santísima Virgen de Guadalupe, llenos de un santo regocijo, porque á vosotros se debe que se haya podido comenzar la obra de la propagación de la fe entre los indios de la alta y baja Tarahumara, por medio de los Misioneros Josefinos; á vosotros que con vuestras limosnas dadas al Santísimo Patriarca se han podido formar los Misioneros y las hermanas Josefinas; y puedo decir que he podido enviar á dichos puntos cinco sacerdotes, y pronto serán seis: también ya están seis hermanas Josefinas, dos Hermanas Coadjutoras y un Profesor de instrucción primaria; y para vuestro consuelo os digo que todos trabajan admirablemente bien.

Animáos, os repito; porque sin vuestro tlaco ó dos centavos mensuales, nada habría podido hacerse, atendido el plan se-

ñalado por la Providencia; yo no tengo nada. Animaos, pues, porque para formar un solo Misionero se necesitan muchos recursos. ¿Y de dónde han salido? De vuestras limosnas; de esas limosnas que depositáis, por decirlo así, á los pies del Santísimo Patriarca, y nos las enviáis generosos por medio de los celadores principales; por esto, que éstas aumenten le pediréis con todo afecto á la Santísima Virgen, y juntamente con ella se lo pediréis al Señor San José porque es una cosa muy buena colocar siempre al lado de María á José su divino Esposo. ¿Y sabéis por qué? Veámoslo con un hecho evangélico: ¿qué sucedió en Judea cuando salió aquel decreto que obligaba á dar muerte á tantos inocentes? El ángel se aparece á José y le dice: «Levántate, toma al Niño y á su Madre y huye á Egipto,» y con sus trabajos, y con sus dolores, y con sus arduos salva al Hijo y á la Madre. Pues por esto la Santísima Virgen quiere honrar á su divino Esposo el Señor San José, y por esto el Romano Pontífice declaró al Santísimo Patriarca el Protector de la Iglesia Universal; y así como Jesús ciertas cosas no las concede, sino mediante su divina Madre, así la Santísima Virgen María no quiere concedernos ciertos favores, sino mediante la protección poderosa de su divino Esposo José: hagámoslo así orando sobre la conversión de los indios, y le haremos una santa violencia á Nuestra Señora de Guadalupe, para que Jesús, María y José nos concedan Colegios de propaganda fide, y santos é instruidos Misioneros, y Hermanas Josefinas que vayan con ellos para hacer en favor de la mujer y de la niñez y de los enfermos, lo que tienen señalado en sus Santas Reglas.

¡Oh, Santísima Virgen María de Guadalupe! nadie como tú conoce el estado de los pobres indios; hoy te rogamos con todo el afecto de nuestra alma, que muevas nuestros corazones, que inflames nuestra voluntad, que ilumines nuestro entendimiento, y así como se ha gastado tanto dinero para hacerle ésta tu casa y ésta tu corona y en estas grandes y soberanas fiestas de tu coronación, así te rogamos nos des todo lo necesario para formar dignos Misioneros destinados á la conversión de los pobres indios, á fin de que de esta manera nos llenes de tus bendiciones y logremos ver un día á la raza indígena convertida, dándonos por recompensa la eterna gloria que á todos deses. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

X

Predicado por el Sr. Canonigo Don Domingo de la J. Romero, el día 5 de Octubre.

Ademaus ergo cum fiducia ad thronum gratie tu misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.—S. Paul. Ap. ad Hebr. Cap. IV, vers. 16.  
Lleguemos, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser servidos á tiempo conveniente.

¿POR qué nos encontramos, Ilmo. y Rmo. Señor, Señores, no en las montañas de Zacatecas, áridas como en otro tiempo los campos de Gelboe, sino en una ciudad legendaria, cuyos monumentos hablan, cuyos campos nos arroban y cuya historia nos es tan conocida?

Hemos dejado atrás nuestros hogares; allí se encuentran las personas que nuestro corazón estima cordialmente; y al separarnos, á pesar de nuestra ausencia, hemos encontrado un nuevo cánti-

tico á la que nos reúne en estos sagrados lugares, que visitamos en peregrinación, no hace un año todavía.

Aún no se apaga en nuestros labios la última nota, aún no espira en nuestro corazón el último sentimiento dulcísimo del alma; y, congregados de nuevo, venimos á ponernos de hinojos á las plantas del lirio del Valle de México.

Hemos recorrido extensos campos, y al dejar atrás tantos lugares, el alma adormecida en los recuerdos de la Historia, se ha ido á fijar en otras épocas, en otros lugares y en otros climas, con la magia que tiene lo que fué.

El pueblo hebreo está disperso; no tiene templo ni sacerdocio, se ha mezclado con los de todas las naciones sin lograr confundirse jamás. Acabó no vive; pero al través de los siglos, me parece encontrar su figura, y recordando las amarguras de su pueblo, creo oír el lamento de esa generación desgraciada que se perdió en la noche del olvido.

Tres años hacía que un hombre extenuado por los trabajos y el ayuno, cubierto con la piel de un camello, había predicho al pueblo de Dios que no fecundaría los campos la lluvia bienhechora.

Miradle en la falda del Carmelo cómo desafia la ira del rey, que, como se encuentra el agua represada cuando se quita el obstáculo que la detiene, se precipita por la extensa llanura, arrastrando los sembrados y derribando los árboles; así pretendía destruir al Profeta del Señor.

Con su frente erguida, pero sin el orgullo del mandado, confunde á los ministros de los falsos dioses que no pudieron recibir el sacrificio, mientras el Señor Dios de Israel hace ostensible que es quien lo envía, aceptando el suyo.

Trepa á las cumbres del Carmelo; pide al Señor que descienda la lluvia, y manda á un joven que inspeccione el mar hasta siete veces, para que le anuncie si se acerca la tempestad deseada.

A la postera le dice su emisario que por el lado del Oriente aparece una nubecilla del tamaño del vestigio que deja el pié del hombre parva sicut vestigium ovis.

Aquel hombre de mirar severo, de lengua barba y cuyo poder era conocido en Israel, se yergue y en tono solemne manda decir al rey que se acerca la tempestad.

Y cual si los vientos esperaran la orden del profeta, se levantan gemidores primero; después desencadenados braman, trayendo la noche y las tinieblas.

Ruedan con una velocidad vertiginosa las nubes, las unas sobre las otras, engendrando el rayo en sus entrañas.

Retumba el trueno, rasga el rayo las nubes condensadas y en grandes gotas comienza la lluvia tres años antes tan deseada.

El libro III de los Reyes me suministró entonces un pasaje que forma un gran paralelo entre lo que sucedía en aquellos remotos tiempos con lo que vemos actualmente, y que motiva la peregrinación zacatecana.

Pero en este cuadro, Ilmo. y Rmo. Señor, Señores, sobresalen principalmente tres cosas: 1ª un pueblo que camina á las cumbres del Carmelo para remedio de sus males; 2ª una nube que se condensa y fecundiza los campos que habían permanecido estériles; 3ª Elías que alcanza los favores del cielo. Hé aquí el tema del sermón que por obediencia vengo á desarrollar en este día.

Sostened mi debilidad, implorando el auxilio del cielo por medio de María Santísima de Guadalupe, á quien saludaremos con el ángel: Ave María.

La historia de las peregrinaciones, tan interesante por el fenómeno que en ellas se desarrolla, es una manifestación por la que se llega al conocimiento del modo con que el hombre se eleva de las cosas sensibles á las espirituales.

Es tan natural, como á los edificios antiguos el cubrirse de musgo y á las encinas del bosque de la yedra que busca su apoyo.

Al protestantismo, que de error en error llegó hasta producir el más desgarrador escepticismo, le pareció lógico negar la utilidad y necesidad de las peregrinaciones, exponiendo que, estando Dios en todas partes, en vano se busca en un lugar con preferencia al otro.

¡Como si hubiéramos olvidado que Dios quiso manifestarse de un modo especial en el monte donde iba á ser sacrificado Isaac!

¡Como si no supiéramos que quiso que se le construyera un

templo en el territorio de su pueblo escogido! ¡Como si no supiéramos que indicaba su presencia en aquella nube misteriosa que se ponía sobre ese mismo templo!

Y qué ¿nada querrá significar esa tendencia de los pueblos antiguos y modernos á las peregrinaciones?

¿No será una prueba el que los pueblos civilizados desde la cuna de la humanidad hasta el presente siglo, hayan hecho peregrinaciones á los lugares más notables consagrados por la religión? ¡Pobres ilusos! La filosofía los condena á la luz de los principios meramente racionales.

Los primeros hombres fueron al ara en que Abél ofreció su sacrificio, pidiendo al Señor que le aceptara.

No lejos de este lugar se encuentra aquel que recibió la sangre derramada por la envidia de su hermano; y aquí iban los antiguos á contemplar la pena de Adán, que vio realizada la maldición de Dios.

Cuántas veces fué visitado el monte en que Abraham iba á sacrificar á su hijo Isaac, y donde se le prometió una numerosa descendencia. Pesan sobre esos lugares muchos siglos, y nada ha podido hacer olvidar ese acontecimiento glorioso.

Cuando los hebreos querían moverse á penitencia, visitaron los lugares en que la cólera del cielo hundió para siempre las cinco ciudades criminales, dejando el testimonio de sus castigos.

También iban, como lo refiere Flavio Josefo, á visitar el lugar donde la mujer de Lott fué convertida en estatua de sal, por su desobediencia al Señor.

Los judíos caminaron á visitar los gloriosos sepulcros de Jacob y de José en tierra inhospitalaria y que tan amargos recuerdos traía para sus corazones.

Ecbatana, cuyos muros derruidos no conservan á veces ni la memoria de los lugares más notables, tiene dos sepulcros que la gratitud de un pueblo favorecido en su desgracia no los ha abandonado: los sepulcros de Esther y Mardoqueo.

Los judíos visitaron el antro donde el profeta de los tronos llora por Jerusalén, y allí les era grato repetir sus acentos arrancados á su lira varonil.

Y en la actualidad, ¿no es muy conmovedora la peregrinación del pueblo judío á los muros de aquella ciudad tan amada, cuando van á recordar á los profetas llamando al Redentor, que creen no haber venido todavía?

Y no sólo el pueblo escogido, sino todos los pueblos civilizados.

En el lugar donde colocaron la torre de Babel se construyó un templo dedicado á Belo, y allí, después de muchos siglos, asistieron los hombres que querían conservar el recuerdo de la dispersión de las familias por los campos de Senaar.

Los romanos visitaron los templos más notables de sus dioses; y en la misteriosa gruta de la Sibila se encontraron muchas veces hijos del pueblo-rey.

¿Y quién no recuerda las peregrinaciones de los griegos, de ese pueblo de imaginación rica, que poetiza las fuentes y los bosques, la luz de la luna y los argentados rayos? El ciego de Chiol en sus cantos inmortales, nos dice claramente cuál fué la creencia de los pueblos helenos.

Pero pasemos al cristianismo, época en que el Hombre-Dios enseñó una doctrina que jamás pudieron inventar los filósofos, por lo mismo de ser revelada.

Las peregrinaciones á los santos lugares las encontramos descritas desde el principio del cristianismo.

Cuando los emperadores romanos persiguieron á los cristianos, levantaron su voz S. Justino y Cadrato, defendiendo á los cristianos y sus derechos y hablando de las peregrinaciones á los lugares santos.

Cuando Tito y Vespasiano arrasaron la ciudad de Jerusalén, muchos cristianos habitaron en esos escombros, para contemplar el cumplimiento de la comunión hecha por Jesucristo á la ciudad deicida, y para tener presentes aquellos lugares, que el Señor santificó con su presencia. Así una madre vela los despojos del hijo que acaba de perder.

Los romanos eran los vencedores: *vae victis*. El tirano no res-

peta las creencias de los cristianos, y temiendo por el número de peregrinos que iban á Jerusalén, se propone impedirlo.

Adriano, al reconstruirse el templo, manda colocar una estatua de Vénus con esa vergonzosa desnudez y tan provocativa como la concibe el paganismo.

En Belén, en donde el Señor santificó con su presencia y los misterios de su santa infancia, puso una estatua de Adonis.

Ni el santo sepulcro se escapó de la profanación: en el lugar en que descansó el Divino Salvador colocó el Emperador la estatua de Júpiter capitolino.

Al trascurso de los años el culto de los dioses fué vencido, cayeron de sus pedestales y convertidos en menudo polvo se dispersaron por el viento.

Llega por fin el triunfo de la Iglesia.

Santa Elena visita con espíritu cristiano aquellos lugares venerables. Se levantan templos en ellos, y aparece la cruz del Redentor, debido á la tradición que conservaron los cristianos de origen hebreo.

El noble ejemplo cunde y se aprestan á realizar peregrinaciones los que pueden.

San Jerónimo habla de la abundancia de peregrinos de toda nacionalidad, y Teodoro, en el siglo V, hace mención de la Sión cristiana.

Estas peregrinaciones no se interrumpen, sino que toman su mayor incremento en el tiempo de los caballeros, en que se creía indispensable recorrer los lugares santificados por el Señor.

Saladino se apodera de los lugares santos; el corazón cristiano no desmaya; las peregrinaciones siguen aún con peligro de la vida de los cristianos.

No es menos bella la tradición sobre las peregrinaciones á los templos en que se veneran las imágenes de la Santísima Virgen María.

La historia de Oriente está llena de esas piadosas romerías y nótese que allí donde la mujer se consideraba degradada, allí mismo es donde se levantaban altares de la Virgen Madre.

¡Cuántas veces la mujer griega deramó sus lágrimas, allí mismo donde la musulmana y la judía venían á comunicar á aquella mujer las penas íntimas que minan la existencia!

Célebre es la romería á la gruta de Monserrat, monumento de patriotismo y religiosidad para el noble pueblo español.

A la orilla de los mares la Virgen de la Paloma, que los marinos le conservan el purísimo recuerdo de haberlos libertado de la furia de las olas.

Célebre es la Virgen de la Consolata, que los peregrinos visitan con amor especial para cumplir su exvoto.

Célebre el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en España, en donde el cielo ha concedido tantas gracias por intercesión de la Santísima Virgen.

Nuestra Señora de Roca-amador, que se venera desde los tiempos más antiguos.

Allí sobre escarpadas rocas estaba puesto el templo: rodeado de bosques el monte, donde se albergaban fieras; pero la piedad cristiana formó una ciudad con sus fortalezas, sus torres, sus teatros y paseos y permaneció con grandes riquezas, hasta que los calvinistas se apoderaron de ellas.

Allí fué en peregrinación Enrique II para dar gracias á la Santísima Virgen por los beneficios recibidos.

Allí oraron S. Luis y sus hermanos, pidiendo á la Reina de los cielos que no abandonara al monarca de Francia.

Allí fué donde Fenelón recibió la fuerza que necesitaba para abrazar la vocación que tuvo, y ese hombre de palabra sublime, cisne de voz meliflua, quiso que las cenizas de su madre descansaran en ese templo, esperando el día de la resurrección.

Carlo Magno lo enriqueció con sus presentes; y Roldán en 778 ofreció su espada á la Santísima Virgen, reconocido á sus favores.

Y quién no recuerda la peregrinación á Nuestra Señora de Loreto? Allí se han prostrado á las plantas de la Santísima Virgen, Pontífices, Reyes, Cardenales y toda clase de persona, que llena de fe, quiere y puede darle prueba de su amor.

Señores, la Iglesia se compara á un campo en que el sembrador deposita la semilla para que produzca abundantes frutos.

Hace no tres años, sino muchos lustros, que la lluvia del cielo no desciende por el estado en que se encuentra la época que tenemos que cruzar.

La historia nos suministra datos importantes, que es indispensable consignar.

Esa época cuyo carácter no se ha llegado á definir por las pasiones que ofuscan al estimarla, hablo de la Edad Media, nos presenta un fenómeno digno de estudio.

Desde el siglo XII aparecen lumbreras de primera magnitud en el cielo de la Iglesia.

Esos hombres creían, y como resultado de sus creencias produjeron obras dignas del genio.

Alejandro de Ales, Pedro Lombardo, Graciano, Alberto Magno, el Angel de las Escuelas, admiración de los inteligentes y jefe del movimiento filosófico y teológico, Duns Scoto, San Buenaventura, nos dicen lo que puede el genio conducido por la autoridad de la Iglesia.

Las cuestiones quedaron resueltas, la ciencia llegó á una prodigiosa altura y no hubo problema por abstruso que se considere al entendimiento humano, que no le hubiera dado solución la inteligencia ordenadora de los sabios que hemos mencionado.

La Edad Media fué la época del creyente sabio, del que busca con avidez la verdad y la encuentra y lo resuelve todo.

Inspirados en esa luz divina, se produjeron los más hermosos poemas.

Aparece el Dante hablando en un estilo que admiran los inteligentes, no pudiendo compararse sino con los postreros lamentos de un cisne.

El Petrarca, con sus recuerdos tiernísimos, canta las hazañas de los caballeros.

El Tasso y Ariosto hacen resonar las cuerdas de sus liras inmortales, para producir el eterno canto que la fe les inspira.

Surgen las basílicas, florecen los arquitectos, los pintores á quienes alumbró la luz de la fe, y florecen Miguel Angel y Rafael, admiración de las edades.

La fe trajo la ciencia, favoreció lo bello y recibieron impulso todos los ramos del saber humano.

La ciencia dió solución satisfactoria á los problemas.

A la fe de los siglos medios siguió la negación, siguieron las burlas sangrientas á lo que se llamó la ciencia antigua, y vinieron los sistemas, los errores y los delirios.

Este carácter se acentuó más y más en el siglo XVIII, en que claramente se rompió con el pasado y se quiso construir sobre los escombros de la ciencia antigua el edificio de la nueva.

Apareció en la filosofía el fenomenalismo de Kant, Tícher y Hegel; el socialismo de Lake y Condillax; el materialismo de Cabanis; el ontologismo en sus distintas fases, y vino después el Darwinismo y los demás sistemas filosóficos, desterrando del mundo intelectual á Dios, base suprema, punto de apoyo de la triple palanca del mundo físico, moral é intelectual.

El hombre, ávido de conocer la verdad, encontró negaciones, delirios, absurdos como única respuesta á sus preguntas.

Los sabios no estaban de acuerdo en ninguna solución, y la enciclopedia vino á reproducir todas las utopías de los más avanzados filósofos del siglo XVIII.

En este cuadro destacan las teorías de Voltaire y de Rousseau; y cuando angustiada la humanidad preguntaba como Pilatos á Jesús: ¿quid est veritas? una estridente carcajada respondió á sus preguntas.

En Teología se negó á Dios, ¿qué quedaba ya? El Derecho se sustituyó con los principios de la Revolución francesa, y se negó la propiedad, y todo, bajo la égida de los sistemas calificadros como absurdos.

En Cosmología se negó el Génesis, y con el fin de las ciencias naturales se aglomeraron utopías, con el ruid de dar un golpe material á la S. Escritura.

En moral, el utilitarismo, y como en Babel, se confundió el idioma, sin que se pudieran poner de acuerdo los contendientes.

Este fué el siglo de incredulidad, y preparó el siglo llamado de las luces, el siglo XIX.

Hoy el hombre no es creyente como en los siglos medios; el error ha extendido un velo sobre el horizonte científico; pero no es tampoco el incrédulo del siglo XVIII.

Es el escéptico que nada cree, porque le quitaron la ciencia y la fe, hijas del cielo, y que tienen el mismo fin: la gloria eterna de Dios.

La duda es el invierno de la inteligencia y del corazón. El hielo ha entorpecido la inteligencia, ha amortiguado los antiguos ardores de la sublime caridad cristiana.

El campo está sin agua; no hay vegetación, ni flores, ni frutos. Los filósofos signen en sus delirios desechando lo que tenían por tesis.

Los poetas de la importancia del Dante han desaparecido. El siglo del materialismo se preocupa muy poco por el porvenir, teniendo las ventajas materiales que le suministra la cultura moderna.

Esta ha sido la señal de decadencia; díganlo Grecia, Roma, Babilonia.

Sin la mano de Dios, las modernas sociedades volverán al caos. Hé aquí el campo estéril; no ha caído aún el rocío del cielo, hasta el día en que, compadecido de nuestra suerte, venga la lluvia de la gracia.

Elias viene á implorarla, y sube al Tepcyac, nuevo Carmelo, con el fin que acabamos de indicar.

Los Padres de la Iglesia griega hacen derivar el nombre de Elias, que quiere decir: sol.

Las propiedades de este astro manifiestan con claridad los derechos del Obispo; él es el centro del sistema planetario que gobierna por las leyes naturales á los planetas que le están sujetos, y los baña con los raudales de luz que recibió al ser creado.

El Obispo es el sol que con las leyes de la Iglesia gobierna el cuerpo de astros: vos estis lux mundi, que Dios quiso poner á su cuidado, y estos astros, los sacerdotes, reciben su luz de aquel á quien el Espíritu Santo puso á gobernar la Iglesia de Dios.

De él reciben la enseñanza, la ilustración en las materias que, escapándose á su penetración, necesitan una luz superior, que es lo que se llama iluminación en los ángeles, y la razón primordial para que se llame el Obispo ángel de la propia Iglesia.

Administra los sacramentos por derecho propio y da el orden y la jurisdicción á los que escogieron la heredad del Verbo encarnado. Por eso concurre al crecimiento de las plantas que se hallan en el hermoso campo de la Iglesia que Jesucristo adquirió con su preciosa sangre.

El Obispo de Zacatecas es para nosotros el nuevo Elias que, abandonando los desiertos, viene al Carmelo para que brille más el poder de Dios, que se complace en el triunfo de los suyos.

Pero notad, Señores, que el Profeta, pobre, estenuado de fatiga, ora por el pueblo y no le detiene nada en su camino.

El Prelado de Zacatecas es de la familia franciscana; la obediencia puso sobre sus hombros el Vicariato de la Baja California, como sobre los hombros de otro hijo de San Francisco puso, en tiempos mejores para la patria, el de la Alta California, al Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco García Diego, cuyo sepulcro humilde se halla en tierra extranjera.

La obediencia lo llevó á la Diócesis de Chilapa, donde tantos beneficios impartió; y después fué trasladado á Zacatecas, donde rico para todos, pero pobre para sí mismo, camina como Elias, confiando en el poder de quien lo puso á regir la Iglesia que se le confió.

¡Cuántas amarguras en aquel tiempo de su paternal gobierno! La lluvia no ha fecundado los campos, trayendo el hambre y la miseria.

Diezmada la población por el tifo; las familias huérfanas, muchas llenas de miseria; otras sobrellevan el peso de su amargura, esperando la fecundante lluvia del cielo.

Y al salir de Zacatecas el enviado de Dios, llevaba el lamento del que sufre, la esperanza del que todo lo ha perdido, confiando que traería el remedio de los males que tanto nos aquejan.

Hoy, cuando ofrecía el santo sacrificio, cuando cargado de las penas de su pueblo, lo he visto con la angustia de su corazón, he creído más y más que obtendría de la misericordia del Altísimo la lluvia abundante para los pueblos que gobierna.

Subió al Carmelo; allí ora, allí representa, como lo hizo el Mártir del Calvario cuando ofrecía su sacrificio á su Padre, por la salud del mundo.

¡Ya nos serán menos sensibles las amarguras; nos conmovieran menos los temores del porvenir!

Cuando veamos el descarnado espectro de la miseria que se cierne sobre nosotros; cuando la muerte nos amenace con la peste; cuando la irreligión amenace destruirlo todo como un torrente, volverémos al enviado de Dios para que nos alcance la fecundante lluvia que riegue los campos, hoy estériles, de nuestro amado suelo.

La nube aparece en el horizonte. Pronto volverá la tempestad. ¡Pero, mirad! ¡Qué bella se destaca sobre el cielo de México la nube blanquísima de la esperanza nuestra!

Yo encuentro en momentos solemnes presentarse como signo de distintas cosas.

Abro las sagradas páginas, y miro que una columna de nube, luminosa de noche, clara como el ampo de nieve por el día, precedía á los hebreos cuando conducidos por el desierto se dirigen á Canaán.

Yo leo en el Exodo, que cuando con aparato terrorífico se daba la ley en el Sinaí, se encuentra cubierto el monte por una espesa nube que despide relámpagos y truenos.

Encuentro á Moisés circuido de una nube, como el caudillo del pueblo de Dios, que recibe las órdenes del que había escogido á los hijos de Israel.

Sobre el tabernáculo que Moisés construyera se puso una nube, y después que estuvo concluido el grandioso templo de Salomón, se colocó otra blanquísima que indicaba la presencia del Señor en aquel lugar.

En la transfiguración del Señor se cubrió el Tabor de una nube luminosa, y cuando subía al cielo, una nube brillante lo recibió cuando resucitaba triunfante, después de haber vencido la muerte y entrar al reino que le preparó su Padre.

Y por último, en el postrer día, cuando se haya de presentar en el mundo para juzgar á los vivos y á los muertos, vendrá en una nube para conocer los bienes y los males que hubieren ejecutado los hombres.

Hugo de San Víctor lo interpreta acerca del poder de María Santísima y de la protección que dispensa á los que están puestos bajo su cuidado maternal. (1)

Y con justicia, ¿no vemos que el pueblo de Dios en su larga peregrinación por el desierto mira que le precede una nube que lo protege? El sol mandaba sus abrasadores rayos, y el pueblo, risueño, se protegía bajo aquel pabellón que la bondad del Señor le daba en recuerdo de la Virgen Madre, que representaba aquella noche misteriosa, como lo dice el Damasceno. (2)

Los cristianos somos el pueblo escogido de Dios, y el Señor, viendo el desierto que atravesamos, erizado de peligros, hace que la saludemos con la Iglesia, en aquellas tiernas palabras: «y después de este destierro muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre.»

A eso se refiere sin duda aquella antífona que en días hermosos pone la Iglesia en la liturgia: *nubes pliant justum*; las nubes luevan al justo. Las nubes de las entrañas de María Inmaculada, que, sin dolor y conservando la pureza, debían dar al justo por esencia, en virtud de la unión hipostática, para formar la personalidad divina.

Por eso Ricardo de San Lorenzo dice: «Esa nube es María por su virginad, pureza, inocencia y demás virtudes.»

Yo la contemplo como que suministra su carne al Redentor, y levantándose de la tierra por los carismas y dones del divino Espíritu, presenta una materia purísima que debía formar el cuerpo del Señor. Esa carne es la de María, esa sangre que circula es la

1 Sermón 31.—Assump. V. M. V.  
2 Serm. de Nativit. V. M. V. 4º

de la Madre de Dios, y esa alma bendita atesora tantas gracias para su bendita Madre, que aun parece imposible llegar á conocer los límites de las gracias que acumuló sobre la Bienaventurada Virgen María.

La esposa de los cantares podía decir: hé ahí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne, y al tomar la divinidad la naturaleza humana, exclamaría: bésame con el beso de tu boca. ¿Puede concebirse mayor felicidad, mayor unión, vínculos más poderosos que ligen á una persona más á Jesucristo, que tiene en su mano todo bien?

La nube se condensa.

En el auz del firmamento se destaca la primera cubriéndolo todo, porque nadie tuvo de las puras creaturas tanta gracia, como la que concibió el Señor desde los remotos tiempos de la eternidad.

Con razón el Angélico Maestro Santo Tomás de Aquino dice que en cierto modo comparte el poder divino.

¡Oh nube misteriosa, todo se cubre y empequeñece comparado con tu grandeza!

Tu haz de dar, nube celestial, al Redentor para hacer la salvación del mundo, y te encuentras rebosando de gracia, que representa el agua, no sólo para tí misma, sino para todos los miserables hijos de Adán.

El Angel la salud plena de gracia, y los Padres de la Iglesia la contemplan sobreabundante en carismas.

Tú recorriste en los pasados siglos todas las regiones conocidas, y después, cuando llegó la hora marcada por Dios, viniste, te presentaste en nuestro cielo, y desde entonces los mexicanos se postran reverentes á tus plantas, viendo en tí el iris de la alianza hecha por Dios con los humildes hijos del Anáhuac.

Las flores que brotaron en el Tepeyac están cuajadas de las perlas que esta nube mandó sobre sus corolas, flores apparuerunt in terra nostra.

Nuestro suelo no producirá como en otro tiempo los abrojos; producirá frutos de virtudes y flores en el campo del Señor: jam hyemes transit in barabí et necesit. Llegó la primavera, y este campo amado corresponderá á los amores de María.

La formación de la nube es, Señores, la explicación más completa del amor sublime de Dios para su castísima Esposa.

Los abrasadores rayos del sol levantan de los pantanos y de las saladas aguas del mar, el vapor que forma la nube blanquecina: el agua purificada se levanta de la tierra, y formando nubes, rueda por el espacio, para caer después en la mañana y la noche en lágrimas de rocío, que adorna la corola de las flores, y á los campos para darles fecundidad.

En la mañana forma los celajes con el carmín del astro del día, que manda sus primeros rayos á los mortales; por el medio día templada el calor que debió fatigarnos, y al ponerse, vuelven nuevos crepúsculos para dejar el mundo bajo el imperio de las sombras de la noche.

Dios es luz; luz que alumbró no solo la inteligencia en el orden natural: signatum est super nos lumen vultus tui Domine; sino que alumbró en el orden espiritual la inteligencia en el ángel y en el bienaventurado.

Pero es fuego también de caridad, Deus caritas est, y calienta con su gracia el mundo de la naturaleza y de la gracia.

Los rayos emitidos sobre la descendencia pecadora del primer hombre, formaron providencialmente una nube purísima en quien se complace el Señor, quam pulchra est anima mea! quam decora macula non est in te. Se levanta de la tierra por la gracia, y llena de todo el poder de Dios y de su gracia reunió las fecundantes aguas para esparcir las por el campo venturoso de la Iglesia.

Ella en la mañana de la vida, manda gotas de rocío; y en la tarde de la ancianidad manda consuelos hasta el momento que vienen las espesas sombras de la noche del sepulcro.

¿Quién de los cristianos puede sustraerse del inmenso cariño que su corazón maternal atesora para los que le dejó en testamento su hijo adorado?

Pero si todos participan de sus gracias, cábeme, Señores, el dulcísimo consuelo de que á los mexicanos, por una dignación suya nos ama de un modo especial. Bien como la madre considera á sus hijos más débiles, y á quienes los infortunios han consumido desde los primeros días.

Vaya el israelita al Carmelo, donde apareció la nube que le trajo su remedio en los días amargos de la prueba.

Póstrese el ibero en sus templos seculares, donde la piedad de sus padres levantó templos suntuosos á la Santísima Virgen, imán de todos los cristianos.

Siga en sus peregrinaciones la nación francesa al Santuario de Lourdes, donde reciben consuelo aquellos mismos que parece no podían abrigarlo en sus lacerados corazones.

Pero permítasenos repetir á los moradores del Anáhuac las expresiones del sabio Pontífice Benedicto XIV, que tomó de los salmos: Non fecit taliter omni nationi.

Sí, con ninguna nación hizo la Santísima Virgen lo que hizo con nosotros; ninguna nación puede gloriarse con los timbres de gloria que los pobres hijos de mi adorado México.

Por ella, nuestra nación ha permanecido venturosa, porque con gemidos de madre nos alcanza los bienes que gozamos.

Los valientes de la cueva de Monserrat, recibieron el esfuerzo de María para romper las cadenas de su cautiverio, para ser libres y fundar un suelo que producirá los héroes.

Episodio dulcísimo que manifiesta lo que puede el sentimiento religioso en el ser y en la conservación de las naciones.

Pero nadie enarboló en el tiempo de reclamar los derechos como la prueba más palmaria del amor nacional, el lábaro de nuestra dicha, como el anciano Cura de Dolores, cuando concebía y planteaba el sacrosanto pensamiento de la independencia nacional, á la Santísima Virgen de Guadalupe.

No es, no puede ser buen mexicano, ni amante de la Historia, quien no reconozca el poder de la que nos dió patria.

Reniega de la causa el que no mira en su bandera á la protectora de la nación, desconociendo el hecho más sublime que se registra en la historia de los pueblos.

Ese pendón sagrado es el público testimonio de la piedad nacional, y el verdadero patriota es el que viene lleno de fe á darle gracias á la Reina y á la Madre que nos dió patria independiente.

Por eso, Señores, hemos venido al palacio de la Reina los que nos gloriamos de ser sus vasallos; por eso Elías ha venido al Carmelo mexicano á implorar su protección en el lugar que la Santísima Virgen prometió manifestarse Madre solícita de los que la invocan.

El Profeta no tenía una promesa especial como la tenemos, y confiado el corazón, cree que sus dolores terminaron; porque apareció en el espléndido cielo de México, la nube que cubre, como la blanca paloma á los polluelos, á todos los que tenemos la dicha de llamarnos mexicanos.

Madre de Guadalupe, mira los pesares de tus hijos, los que vivimos en las heladas montañas de Zacatecas.

Allí el campo de la inteligencia se encuentra estéril; derrama la lluvia sobre nosotros.

La impiedad ha hecho muchas víctimas, ha desnaturalizado á los que en otro tiempo te amaban. Vuélvelos á tu regazo inmaculado.

Hay muchos huérfanos que la peste los dejó sin amparo, viudas que derraman ardientes lágrimas y menesterosos, que imploran tu caridad.

Señora, eres Reina; remedia nuestros males, hoy que coronada por el deseo nacional satisfecho, te manifiestas magnánima con los que más sufren.

lento diplomático y prudencia, exuberante y frondoso se levanta en nuestro suelo patrio el olivo de la paz: ha establecido la paz en tu territorio: Qui posuit finis tuos pacem. (7) Y al contemplar ¡oh Patrial tus campos cubiertos de doradas espigas, tus ricos cereales, tus raras plantas, como el agave, tus elevadas palmeras, tus producciones de todo género, debido á la situación topográfica de tu terreno y á la variedad inmensa de tus climas, como no decir: et adipe frumenti satiat te: (8) Dios te alimenta de la flor de harina, esto es, con lo más exquisito que la tierra produjera?

Si el profeta coronado exhorta á la ciudad santa, para que alabe á Dios por los beneficios que le ha concedido á ella y á las demás naciones, para que por la comparación comprenda que son mayores los que á ella ha otorgado: Qui emittit eloquium suum terre, como expone Bellarmino: ex quibus cognoscat quanto majora dona sibi, quam aliis, concesserit Deus: (9) tú, México, joven entre las demás naciones, Benjamín de la Iglesia santa, hija acariciada por la mano del Altísimo, no has de decir llena de gratitud: Qui emittit eloquium suum terra? (10)

¿Quién no recordará, Señores, la frase bíblica, al ver coronadas de perpetuas nieves esas elevadas montañas Popocatepetl é Ixtacihuatl y esas bellísimas nevadas y argentadas escarchas, que durante el invierno cubren nuestros campos? "Es la nieve una hermosa vestidura de lana que abriga las simientes al tiempo de nacer como bajo los pliegues de un blanco manto."—Dios nos dá la nieve como copos de lana: Qui dat nivem sicut lanam; (11) envía el hielo como fragmentos de cristal: Mittit crystallum suam sicut buccellas; (12) pero luego despacha sus órdenes y derrite estas cosas: hace soplar su viento y fluyen las aguas, que fertilizan la tierra: Emittet verbum suum, et liquefaciet ea; Iabit spiritus ejus, et fluent aquae. (13) Y místicamente, al ver los extravíos religiosos de algunos mexicanos, su separación de la verdadera caridad y de la verdadera Iglesia, ¿quién no dirá con el santo Obispo de Hipona: "Cuando se resfría la caridad en el corazón del hombre, su naturaleza enferma viene á sucumbir como bajo el peso de una abundante nevada; mas el corazón entumecido de este hielo, sólo una gracia singular puede transformarlo porque ciertamente, sólo Dios cambia esta nieve, haciendo de ella al instante una lana preciosa para su abrigo: este abrigo ó esta lana es la Iglesia." (14) ¡Oh dulce abrigo! ¡Oh calor vivificante de la caridad, que sólo se hallan en la Iglesia para calentar los corazones mexicanos! ¡Qué, no preguntáremos con el triste vate de Israel: "Por ventura falta nieve en el Líbano?" (15) ¿Acaso no faltan la caridad y la religión en muchos corazones de nuestros compatriotas?

¡Oh! Cuánta diferencia hay entre la divina Providencia para con el pueblo escogido y para con las demás naciones! A las otras naciones Dios las instruye por los efectos naturales, para que por las cosas creadas conozcan al Creador; al pueblo de Israel, le instruye por los profetas, le dá sus leyes por Moisés; anuncia sus ocultos juicios á Israel: iudicia sua Israel; (16) la Jerusalén espiritual la Iglesia, recibe al mismo Verbo encarnado, por la predicación de los apóstoles; recibiendo por esta predicación leyes sublimes, preceptos santos, misterios inefables: Qui annuntiat verbum suum Jacob; (17) por esto no ha hecho otro tanto con las demás naciones: Non fecit taliter omni nationi. (18)

Y si á las naciones paganas Dios les habló por los efectos creados, al pueblo israelítico, por Moisés y los profetas, Señores, al pueblo mexicano, se ha dignado hablarle, enviando á su misma Purísima Madre, apareciéndose Ella, radiante de hermosura, como arco refulgente de gloria, aquí, aquí, en estos para siempre venerados riscos. Así, es un hecho gloriosísimo de nuestra Historia patria, la Maravillosa Aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe: ved de lo que voy á hablaros.

# XI

## Predicado por el Sr. Prebendado de la Santa Iglesia Metropolitana de Guadalupe, D. Pedro Romero, el día 10 de Octubre.

Non fecit taliter omni nationi.—Psalm. CXLVII, v. 29. No ha hecho otro tanto con las demás naciones.—Salmo 147, v. 29.

ERUSALEM, Iglesia mexicana! Enjuga tus lágrimas: no más llorar. Cambia tu luctuoso vestido por el resplandeciente traje de gala: de tu pecho salgan, en vez de gemidos, alegres himnos de gratitud y de amor; alaba al Señor: Laudate, Jerusalem, Dominum. (1) Sió venturosa del pueblo mexicano, Tepeyacatl, montaña santificada con las virginales plantas de la Augusta Soberana de los cielos, alaba á tu Dios: lauda Deum tuum. Sió. (2)

Iglesia de México: ¿Por qué en aciagos tiempos de persecuciones y de duras pruebas religiosas, no se resintió el antemural ni quedó luego arrasada la muralla! No quedaron sepultadas tus puertas entre las ruinas: el Señor no destruyó ni hizo pedazos tus cerros: (3) las puertas del infierno no prevalecieron contra tí; eres indefectible. . . ¿La indefectibilidad es prometida solamente á la Iglesia universal.—No has sido defectible. . . ¿Por qué? . . . Porque Dios ha asegurado con fuertes barras ó cerrojos tus puertas: Quoniam confortavit seras portarum tuarum; (4) y, á tus hijos creyentes que en tu seno abrigas, que moran dentro de tí, Dios ha llenado de bendiciones: benedixit filiis tuis in te, (5) con toda bendición celestial, según el Apóstol de las gentes: Omni benedictione spirituali in caelestibus; (6) aún en lo temporal ¡México, querida Patria mía! tu ser nacional está asegurado en ese prodigio, que á la vista tienes: María Santísima de Guadalupe. —El día en que no se adore á la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la México actual, ha dicho el imparcial autor de las "Leyendas y Paisajes": munera in omnium ordinum, salutem et pacem, majora quotídie redundabunt, dice el actual Soberano Pontífice refiriéndose á esta Sacratísima Virgen de Guadalupe.

¡Ah! Señores, mientras que en la Roma pagana se quiso ahogar en mares de cristiana sangre la nascente Religión católica, hasta que, después de tres siglos, pudo respirar libremente, á la sombra augusta de Constantino el Grande, en la Patria de Moctezuma y de Cuauhtemotzin, tres lustros pasan, y la Religión verdadera es la Religión nacional, establecida sin violencia alguna; cuatro siglos transcurren y se ha propagado y sostenido esa misma Religión divina, sin las persecuciones sangrientas como ha sucedido en otras naciones. Aquí sólo hubo ligeros momentos de vértigo antireligioso, que pasaron ya: ¿en dónde están los heresiarcas mexicanos? ¿en dónde las sectas formalmente establecidas en nuestra Patria? ¡Reina la paz religiosa! En lo civil, desde que la Nación se rige y gobierna—sea dicho para honra y gloria de México—con ta-

1 Psalm. CXLVII, v. 12.  
2 Ibid.  
3 Tren. II, vers. 8 y 9.  
4 Psalm. CXLVII, v. 13.  
5 Ibid.  
6 Ephes. I, v. 3.

7 Psalm. CXLVII, v. 14.  
8 Ibid.  
9 Explanat. in Psalm. apud. R. P. C. A. Lapide.  
10 Psalm. CXLVII, v. 15.  
11 Ibid. v. 16.  
12 Ibid. v. 17.  
13 Ibid. v. 18.  
14 In pop. Psalm.  
15 XVIII, 4.  
16 Psalm. CXLVII, v. 9.  
17 Ibid.  
18 La exposición de este salmo está tomada de Bellarmino en el lugar citado.

Es histórico, y teológicamente cierto que se apareció la Inmaculada Virgen de Guadalupe en nuestra Patria.

Mas, aquí en donde se oyeron las voces armoniosas de los ángeles y la dulcísima voz de la Reina de los ángeles ¿se escuchará mi ronca y balbuciente voz? ¡Ah! Señores: ¡cuánto siento venir a dar la nota discordante en este universal concierto que la Iglesia mexicana ofrece a su excelsa Reina! ¿Qué, aquí, donde se quedó el corazón inmaculado de María, dejándonos la prenda de su maternal amor en esa su hermosísima Imagen, ha de palpar mi corazón a impulsos de la gratitud y del filial cariño? Aquí, he de dirigir mis tristes y suplicantes miradas a la Madre de Dios en donde Ella tiene amorosamente fijos sus ojos? Aquí, en donde eternamente (19) ha de resonar el armonioso y significativo nombre de María, unido al misterioso é inefable de Guadalupe, se han de oír estas pobres alabanzas mías? Sí, Señores, no me elegí yo; por comisión sobremañera honrosa de mi muy venerable Prelado y de mi queridísimo Cabildo, vengo a hablar, yo, el último entre los laureados de aquella Academia Pontificia, el infimo entre los honorables capitanes del metropolitano Cabildo, el mínimo de los sacerdotes de aquella Arquidiócesis. Sólo os ruego encarecidamente, no juzgues por mi insuficiencia é ineptitud a aquellos ilustrados sacerdotes.

Tú lo has querido, Virgen de Guadalupe: tú que quisiste que un humilde neófito fuera tu mensajero, quieres que yo sea el intérprete de los sentimientos de tus hijos los jaliscienses: tú quieres lo que Dios quiere: su voluntad es tu voluntad; y la voluntad soberana de Dios se ha manifestado por la boca de mis legítimos superiores. Y pues quieres que yo hable, ayúdame ¡oh Madre de la eterna sabiduría! Mírame aquí, de hinojos a tus plantas, suplicante: oye mi plegaria; yo te saludo, uniendo mi voz con la de los ángeles que incesantemente te alaban en el cielo, con la de Gabriel, cuando, reverente, inclinando la cabeza, llena de gracia, te saludaba: uno mi voz con la de todo México, diciendo: Ave, María.

No ha hecho otro tanto con las demás naciones.—Salmo y verso antes citados.

Tan cierto es, Señores, que Dios concedió grandes beneficios al pueblo israelítico, como que estos mismos beneficios fueron mayores que los que Dios hiciera a las demás naciones del orbe: y en la frase del Salmista, implícitamente se asegura la verdad de los expresados beneficios y la excelencia de ellos mismos con relación a otras naciones; de otra manera, no habría lugar a la comparación, faltando alguno de sus términos: *Non fecit taliter omni nationi*.

Cuando el benemérito guadalupano Fr. Juan Francisco López, después de haber hecho ante Benedicto XIV la relación verídica y sencilla y sentimental de la Aparición Guadalupeana, presentándole una imagen de la Virgen del Tepeyacatl, hecha por el insigne pintor Cabrera, dijo: hé aquí Padre Santo, cómo la Virgen, Madre de Dios, apareció a los mexicanos, sorprendióse el Supremo Jerarca de la Iglesia, enterreciose hasta las lágrimas, y después de un breve silencio, pronunció aquellas palabras de imperecedera memoria: *Non fecit taliter omni nationi*: "No hizo así la Madre de Dios con otras naciones como lo ha hecho con la mexicana." Así, según esta frase, la Virgen del Tepeyacatl realmente se apareció aquí en nuestra Patria y de un modo tan singular como no se ha dignado aparecerse en otras naciones.

Ni es tan sólo Benedicto XIV el que rindió homenaje reverente a la Virgen de México. Inocencio X tenía una imagen de nuestra Excelsa Patrona en su cámara apostólica: Alejandro VII, pareceme que inclinando benignamente la cabeza, recibe las peticiones que el Clero y Ciudad de México piden que sea festivo el doce de Diciembre y que se recen de la Aparición, que sea festivo el día de Diciembre y que se recen de la Aparición, y acepta la bellísima imagen esmaltada, copia de la original de Guadalupe: Clemente IX concede un jubileo plenísimo para el doce de Diciembre y envía el interrogatorio, conforme al cual se hizo la información jurídica del Prodigio Mexicano: y los Soberanos Pontífices Clemen-

19 II Paralip. c. VII v. 16.

te X, Clemente XI, Benedicto XIII, Clemente XII, Clemente XIII, Pio VI, Pio VII, Pio VIII y Pio IX abriendo los celestiales tesoros de la Iglesia conceden innumerables gracias, grandes privilegios a los fieles que visitaren esta sacratísima Imagen y templo de Guadalupe: Gregorio XVI, muy agradecido por una copia de esta santa Imagen que le envió el Venerable Cabildo de esta Colegiata, encarga que ruegue a la Santísima Virgen por su Beatitude, para que bajo su patrocinio ejerza su supremo Apostolado.

Mas en toda esa pléyade de resplandecientes astros, que desde el cielo del Vaticano reflejan sus nítidos fulgores sobre la maravilla del Tepeyacatl, disipando las sombras de la ignorancia, de la negación temeraria ó de la duda infundada, sombras que intentaran eclipsar la fulgurante gloria de México, la milagrosa Aparición de la Virgen del Nuevo Mundo, brillan con apacible y bellísima luz las dos grandes lumbreras del pasado y presente siglo: Benedicto XIV y León XIII; el primero, aguilón de los críticos en materia de milagros, el sabio autor de la obra: *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione*; el segundo, el Pontífice Luminar, autor de las egregias encíclicas: *Immortale Dei, Grande munus, Aeterni Patris, Jam pridem, Inscrutable Dei, Militans Jesu*, verdaderos rayos luminosos, que partiendo del Pontífice *Lumen in celo*, disipan, con verdadera y divina luz las densas tinieblas del siglo llamado *de las luces*; Benedicto XIV, autor de la célebre Bula de oro: *Gloriosae Dominae*, el Pontífice tiernamente devoto de María de Guadalupe, y que manda sea adorada é invocada en un Mundo nuevo esa misma Inmaculada Virgen: León XIII, el Pontífice del Santísimo Rosario, él, que como ninguno ha procurado la alabanza é invocación de María en todo el mundo católico; Benedicto XIV, que con autoridad apostólica establece, declara y manda que sea adorada é invocada la Virgen del Tepeyacatl: *Auctoritate Apostolica... eandem Dei Genitricem Mariam de Guadalupe nuncupatam uti Principalem Novae Hispaniae Patronam et Protectricem habendam, invocandam et colendam estatimus, declaramus atque jubemus*; (20) León XIII, que después de haber dado el Breve *Relatum est Nobis Beatae Virgineum Mariam titulo de Guadalupe*; dijera: *Magna ideo charitate Mexicanam gentem per vos hortamus, ut reverentiam et amorem ejus sic tueri perinde ac decus eximium et praestantissimum fontem honorum*, como si en su carta de inolvidables recuerdos, a los Obispos de México, quisiera, a los mandatos apostólicos, añadir las exhortaciones paternales y los caritativos ruegos; Benedicto XIV, que decía, cayendo de rodillas ante la imagen que le presentara el nuevo Juan Diego, Fr. Juan Francisco López: *Non fecit taliter omni nationi*, y después hablando de la Sagrada Imagen: *Ingenti colitur populorum frequentia*; (21) León XIII, ante quien, agradecida, reverente, se postra la Iglesia mexicana, por las últimas concesiones guadalupanas, esa misma Iglesia, que antes, representada en sus dignos Metropolitanos y Vicario Capitular de esta Arquidiócesis de México, suplicante, imploraba se concediera el nuevo Oficio guadalupano. ¡Honra! ¡Gloria inmarcesible a la Iglesia de Guadalupe, donde se escribió y de donde se envió, para su aprobación, a la Ciudad eterna, el mencionado Oficio!

¡Llor eterno a los Príncipes todos de la Iglesia de México, que han elevado su autorizada voz para dar un solemne voto de gracias al inmortal León XIII, cuyo nombre y memoria estarán para siempre unidos a la invocación y alabanzas de esta Virgen Mexicana! En esta carta de los Obispos mexicanos al Sr. León XIII, están con caracteres indelebles los nombres de los Ilmos. y Rmos. Sres.: Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Pedro Loza y Pardavé, Francisco M. Vargas, Rafael S. Camacho, Fortino Hipólito Vera y tantos otros, que quedarán para siempre unidos a la nobilísima causa patriótico-guadalupana.

¿Y cómo olvidar el nombre del dignísimo Obispo de Tehuantepec que atravesando los mares, fué a postrarse a los pies de León XIII, pidiendo los elegantísimos dísticos que con letras de oro se escribirán aquí Oídolos, para que resuenen, cual angélica armonía, en vuestros guadalupanos oídos: *Mexicus heic populus mira sub Imagine gaudet.—Te colere, alma parens praesidioque frui.*

20 Bul. confirmat. circa med.  
21 Apud Breviar. in ant. off. B. V. de Guadalupe.

*Per te sic viget felix, teque auspice, Christi.—Inmotam servet firmior usque fidem.*

Dignas son de eterna remembranza las palabras del Pontífice León XIII, referentes a la tradición guadalupana: *Uti antiqua et constanti traditione mandatur.*

Custodios vigilantisimos de esa veneranda tradición han sido los Obispos mexicanos: ved al venerable Fray Juan Zumárraga, Apóstol de México, que al atravesar los mares para venir a estas regiones ardía en deseos del martirio, y ante quien se hizo esta prodigiosa pintura de la Santísima Virgen de Guadalupe, erigiendo aquí, en este lugar, la primera ermita con carácter de Santuario, a la Virgen Aparecida; ved al Ilmo. Fr. Alonso de Montañar, aprobando la devoción guadalupana, predicando, la llamaba bendita Imagen, comparando su culto al de Nuestra Señora de Loreto y a otras de origen maravilloso; procesando de oficio al predicador que se atrevió a negar el celestial origen de esta Imagen; ved al Ilmo. Doctor D. Pedro Moya y Contreras haciendo las constituciones del sorteo de huérfanas, con el fin de llevar adelante lo instituido por su predecesor en el Santuario; ved al Ilmo. Fr. García de Santa María Mendoza, monje jerónimo, teniendo en sus manos los autos de la Aparición que leyó con singular ternura; ved al Ilmo. Fr. García Guerra poniendo la primera piedra del referido Santuario y retirándose a él a hacer fervientes oraciones hasta derramar copiosas lágrimas; ved al Ilmo. Don Juan Pérez de la Serda dedicando el mencionado Santuario, gastando en él cuantiosas sumas de dinero, ocurriendo a él como a un seguro asilo en sus persecuciones, recomendándolo en Madrid a su sucesor, llamando a esta Imagen, bendita presea, reliquia insigne; ved al Ilmo. Dr. Don Francisco Manzo y Zúñiga trasladando él mismo esta sagrada Imagen, de este templo a la ciudad de México, que estaba inundada, para librarla de semejante calamidad, como en efecto se libró, reconstruyendo el Santuario y fundando una casa para los peregrinos guadalupanos; ved al Ilmo. Dr. Don Juan Palafox y Mendoza desplegando grande celo en cuidar de las fundaciones del Santuario; ved al Ilmo. Don Francisco de Mañosa y Zamora decorando el Santuario con magníficas pinturas; ved...

De la Iglesia de Guadalupe citaré uno solo, al inolvidable *ángel de la caridad*, Ilmo. Dr. y Maestro D. Fr. Antonio Alcalde y Barriga consagrando su catedral de Yucatán el doce de Diciembre, entrando solemnemente a la capital de su nueva diócesis, Guadalupe, en el día de Nuestra Señora de Guadalupe, construyendo a sus expensas un suntuoso Santuario a la Virgen Aparecida.

Mas entre estos vigilantisimos custodios de la tradición guadalupana, se destacan con colosal figura histórica, el primero y el penúltimo de los Arzobispos de México, el Venerable Zumárraga, haciendo la primera ermita, pobre, humilde y pequeña; el inmortal guadalupano Labastida ampliando y condecorando y restaurando esta insigne y nacional Colegiata, verdadera *maravilla de México*; el apostólico Zumárraga al ver el milagro de la Aparición, empezó a llorar y los que con él estaban presentes, quedando maravillado y también los que le acompañaban; el Ilmo. Señor Labastida, un poco más de un lustro, apenas ha, que conmovido y lleno de ternura, me decía: «¿Qué ojos tan modestos de la celestial Imagen! ¿Qué hermosura! Las lágrimas saltan a los ojos al contemplarla; el corazón no cabe dentro del pecho»; el primer Príncipe de la Iglesia en estas apartadas regiones, el Venerable Zumárraga, en tiempo del que se predicó por vez primera el Evangelio é irradió purísima la luz de la fe en este nuevo Mundo, que estaba en las tinieblas y sombras de la muerte; el inculto Señor Labastida, que lleno de fe decía: «Pidámonle a la Santísima Virgen de Guadalupe, que así como fué la propagadora del Evangelio en esta región, sea la que conserve la pureza de la fe católica entre nosotros.» (22)

Todos los Obispos de México han sido entusiastas guadalupanos; mas, ¿qué es lo que digo? ¿qué diremos de aquellas palabras de la Romana y universal Inquisición, dirigidas, ya sabéis a quien *Eminentissimi Domini Cardinales una mecum Inquisitores generales... summopere reprehenderunt tuum agendi loquendique modum contra miraculum seu apparitionem Beatae Mariae Virginis de Guadalupe?* Diremos, que en él fueron reprendidos severa-

22 Itinerario para una peregrinación espiritual, 1874, pág. 13.

mente los mexicanos indignos de este nombre, [que temeraria y atrevidamente han negado la maravillosa Aparición de la Inmaculada Virgen de Guadalupe. Y si no fuera por que en las mencionadas frases, hay una táctica, pero elocuente declaración de la Maravilla Guadalupeana, no hubiera registrado tan negra página de nuestra historia; hubiera cubierto con denso velo a los antiquadalupanos. «Nos también, reprendemos gravísimamente nuestro modo de obrar y de hablar contra los milagros ó Apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe», dice el mismo que fué reprendido tan fuertemente. ¡Honra al que así se expresa, después de haber reconocido su error!

Con broche de oro cierro la serie de los Obispos que han sido celosísimos custodios de la bendita tradición guadalupana: este áureo broche de que hablo, es el solo título que el Ilmo. Señor Obispo de Querétaro ha puesto a un imperecedero documento: *Testimonia authentica fidei Mexicanorum Antistitum circa apparitiones B. V. Mariae de Guadalupe et miraculosam ipsius picturam Imaginis a Raphaeli S. Camacho collecta* ¡indeleble título de los anales guadalupanos!

Si según el angélico Maestro, los milagros son verdaderos testimonios de la verdad: *Dicendum quod semper miracula sunt vera testimonia ejus ad quod inducuntur* (23); ¿qué diremos de los estupendos é innumerables milagros obrados a la presencia y por la invocación de María, en este Taumaturgia Imagen, como se la ha llamado? Diremos que ellos son la prueba más convincente en favor de la verdad de la Aparición. Paso en silencio la curación instantánea de Juan Bernardino: «Afirmó Juan Bernardino que en aquella hora había visto a la misma Señora... y que le había dado entera salud»; paso en silencio el prodigio de las rosas milagrosas, que sirvieron de señal a Juan Diego: «Admirado el Señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima»; paso en silencio la resurrección del indio: «En el acto en que colocaban la Imagen celestial... los indios según el uso de su nación, hacían un festejo militar entre mexicanos y chichimecas: se soltó de un arco una flecha, que a través el cuello de un indio disfrazado de chichimeca y le derribó, herido de muerte; llevávanlo con grandes alaridos a la presencia de la santa Imagen, pidiéndole el remedio; y en sacándole la saeta, volvió en sí, vivo, sin lesión ni herida, quedando sólo las señales por donde había penetrado la flecha para testigos del milagro»; paso en silencio el milagro hecho a Fr. Pedro de Valderrama, religioso dieguino, del convento de México, el que puesto de rodillas ante esta Imagen, no bien hubo pedido el remedio de su mal, cuando consiguió, con admiración de los presentes, eterna salud; paso en silencio el milagro hecho a Sor Jacinta María, religiosa del convento de Santa Catarina de Puebla, cuando del estado de agonía, sin movimiento, los ojos insensibles a la luz, la respiración difícil, pasó violentamente al estado de perfecta salud: nada digo de los mil y mil ex-votos de oro y de plata, que cual gloriosos trofeos, con muda elocuencia, dicen de esta milagrosa Imagen: *Ingenti colitur... miraculorum frequentia*. (24)

«Mas como desde aquel tiempo (1754) hasta el presente aparece la verdad de los milagros más patente» se dice en la carta que los Metropolitanos y Vicario Capitular de la Arquidiócesis de México dirigen a León XIII el 9 de Octubre de 1891. Y los mismos Metropolitanos ya habían dicho a su Santidad en 24 de Septiembre de 1886: «Durante el siglo y medio que ha transcurrido, los milagros se han multiplicado en favor de los que han ocurrido a la Madre de Dios bajo el título de Guadalupe.»

Sólo fijo mis miradas, Señores, en ese prodigio permanente de la sobrenatural pintura de esta admirable Imagen, más sorprendente que el milagro del hervor y derretimiento de la sangre de San Genaro; milagro, que cada año tiene lugar en Nápoles al ser presentada delante de la cabeza del santo mártir; verificase aquel cada año; este, constantemente, de noche y de día; como aquel, este también está a la vista de todos; más sorprendente que los mila-

23 q. 178. a. 2.  
24 In ant. off. B. V. Mariae de Guadalupe, apud Breviar.

gros de Lourdes divulgados por todo el mundo; más sorprendente que los que han empezado en Marpingen.

No hemos crédito, Señores, á nuestros propios ojos, que tal vez nos hacen ver lo que en realidad no hay; alucinados quizá, como se dice, por la fe del creyente y por la devoción y amor á María de Guadalupe; demos, sí, crédito al autor de la maravilla Americana, al Apéles mexicano, honra de la Patria, respetadísimo por los artistas propios y extraños: á Miguel Cabrera, que ha resuelto, que esa bendita pintura no es obra de la paleta humana, que está sobre todas las reglas del arte. Y así es temeridad opinar algo en contrario.

Sólo fijo mis miradas en un hecho visible, extraordinario, sobrenatural: la casi instantánea conversión del Anáhuac á la fe católica y la constante conservación de esa misma fe durante cuatro siglos. Milagro es la difusión del Cristianismo, su propagación y conservación, ha dicho el sabio autor del libro: «Demostración de la armonía entre la Religión católica y la ciencia.»

«La Religión cristiana, semejante á río caudaloso de majestuosidad, se extendió hasta los confines del mundo, venciendo todo linaje de dificultades: venció los obstáculos físicos de distancias inmensurables, de divisiones territoriales y escasez de vías de comunicaciones; venció los obstáculos morales de ideas y costumbres hondamente arraigadas; de instituciones basadas en estas ideas y costumbres; de rivalidades nacionales; de intereses de las religiones paganas; del orgullo, que no quiere rendir homenaje á un Dios Crucificado; de la sensualidad, que clama, imperiosa por los placeres mundanos; de la ambición, que aspira á tener bajo sus plantas á los pueblos y religiones. La aureola que circunda la frente de los sabios, los tesoros de los potentados de la tierra, la pujanza y gloria de una nación insigne por sus proezas militares, hubieran sido parte á vencer naturalmente estos obstáculos y propagar la nueva Religión. Pero nada de esto fué escogido para lograr este resultado; fuéronlo, unos cuantos hombres pobres.»

Y así en nuestra querida Patra, doce hijos de San Francisco de Asís y algunos más, tan pobres, que los indios al verlos declan con frecuencia: *motolinia*, convierten á la fe católica á toda la Nación mexicana y con tanta rapidez, que en quince años se habian convertido y bautizado más de nueve millones de indios; y sólo el apostólico varón Fr. Pedro de Gante, habia catequizado y bautizado más de un millón de indios, y habia destruido diez mil ídolos. ¿Cómo no reconocer, como lo reconoce el Pontífice Magno reinante, en la Aparición gloriosa de María Santísima de Guadalupe, el origen prodigioso de la fe en México? *In primis de fide catholica qua nihil quidem excellentius*. No hubo algún otro hecho sobrenatural á que pudiera atribuirse tan súbita mutación de todo México.

Y si no se apareció realmente la Virgen de Guadalupe; si no es cierto lo que con tanta sabiduría dijo Benedicto XIV: *Impossibile est rem illam non esse veram, in cuius veritatis attestacionem fit miraculum*. (25) ¿Cómo, los efectos sobrenaturales de la conversión de México á la fe, y la conservación y propagación de esa misma fe, sin causa sobrenatural?

Señores: ¡Sea una fábula la Aparición de la Virgen de Guadalupe! ¡Perdona Virgen aparecida, que hable así! Es más admirable la conversión rápida de México á la fe, sin el Prodigio guadalupano, que su conversión, habiéndose aparecido la Inmaculada Virgen.

Y así, por los Sumos Pontífices, Vicarios de nuestro Divino Salvador sobre la tierra, por los Obispos mexicanos, vigilantísimos custodios de la tradición guadalupana, por los milagros obrados por la invocación y á la presencia de esta Imagen, y principalmente, por el origen sobrenatural de la misma Imagen, y por la conversión rápida de los indios á la fe, propagación y conservación de la misma fe en México, se prueba la verdad de la Aparición de María Santísima de Guadalupe. ¡Ah! Si no hubiera aquí, aquí mismo, quien temeraria é infundadamente la negara, no me habría detenido, Señores, en demostrarla en este día, en que sólo debían salir de nuestros labios, cánticos de alabanza á nuestra excelsa Reina y amorosísima Madre, y habría dejado á los antiguadalupanos sepul-

25 De Beatiíf. et canoniz. libro 4.

tados en el más profundo olvido para su eterno baldón por su ingratitud.

Pero yo que es una verdad, y verdad consoladora, que nuestra Madre Soberana se apareció en estas sagradas rocas, ya podemos entonar, llenos de gratitud y de amor, el himno patriótico-guadalupano, que Dubois con sus inspiradas notas modulara la exclamación pontificia: *Non fecit taliter omni nationi*. Dubois, el cantor del paraíso, él que parece escribir sus celestes motivos, no con acentos humanos, sino con acordes divinos calentados con lágrimas de sus ojos y palpitanes con murmullos de oraciones. . . . . «Dubois, más sereno, más místico, más tranquilo que Gounod, el que, parece que ama con San Bernardo, suspira con Teresa de Jesús, cae en éxtasis con Margarita de Alacoque;» en el cántico á que me refiero, parece que los ángeles y las naciones todas al contemplar el portento del Tepeyacatl, entonan: *Non fecit taliter omni nationi*: parece que el cronista guadalupano, en éxtasis sublime, exclama con el Vidente de Patmos: *Signum magnum apparuit in coelo*, prodigio tan grande, que los dos insignes Doctores del siglo trece: el Angélico y el Seráfico, la inteligencia y el amor, la ciencia y la santidad sintetizadas en Tomás de Aquino y Buenaventura, extasiados le contemplan. *Ipsa est*, dice el Seráfico, *qua majorem Deum faceret non posset; majorem mundum facere posset Deus: majus coelum posset facere Deus, majorem matrem, quam matrem Dei, non posset facere Deus*. (26) Dios puede hacer un mundo más hermoso, un cielo más esplendente; una Madre más digna, más excelente, no. Y el Doctor Angélico, dice: *B. Virgo ex hoc quod est mater Dei habet quendam dignitatem infinitam ex bono infinito quod est Deus: et ex hac parte non potest fieri aliquid melius ea, sicut non potest aliquid melius esse Deo*. (27)

¡Oh! dignidad incomparable y sólo semejante á la infinita grandeza de Dios! *Mulier amicta sole*. Oíd, Señores, á San Bernardo, el cantor de las glorias de María: «María, más que ninguna pura creatura, ha penetrado en los abismos de la divina Sabiduría y está como sumergida en el pílagro infinito de la luz inaccesible; con el fuego divino son purificados los labios de los profetas: en este fuego se encienden los serafines: María no sólo toca este fuego, sino que está cubierta, rodeada por todas partes y encerrada en él.» (28) Miradla en su Imagen Aparecida de Guadalupe; rodeada de hermosos rayos y adornada de estrellas que simbolizan sus gracias y privilegios, á saber: «el resplandor con que Ella brilla en su generación, la salutación angélica, la venida del Espíritu Santo, la inenarrable Concepción del Hijo, la primera entre las vírgenes, fecunda sin corrupción, haber concebido sin concurso de varón, haber dado á luz sin dolor, la mansuedumbre del pudor, la devoción de la humildad, la magnanimidad de la fe, el martirio del corazón, y . . . (29) ¡Miradla! ¡miradla! Con todas estas refulgentes estrellas y con la luna bajo sus plantas, se apareció aquí, en este lugar sagrado. La luna significa la Iglesia, dice San Antonino: *In Jerusalem, potestas mea, hoc est, in Ecclesia; quoniam Ecclesia jure sub pedibus est Virginis, quia non tantum sub ejus patrocinio, verum etiam, sub ejus dominatione ac potestate*. (30)

¡Salve! ¡Emperatriz de la Iglesia mexicana! Las naciones todas del orbe, admiradas preguntan: ¿Quién es ésta que se adelanta, resplandeciente como el sol y hermosa como Jerusalén? Desplegando sus purísimos labios, habla María: «Soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Creador del cielo y de la tierra; Madre amorosa, especialmente de los mexicanos.» «Soy la Madre del más bello amor, de la ciencia, del temor y de la santa esperanza.» Según San Agustín, María es Madre del amor hermoso porque ama á Dios reverentemente: á su Hijo con dulzura; á sí misma, con sabiduría; al género humano, misericordiosamente; es Madre del amor hermoso, porque á los frios enciende; Madre del santo temor, porque á los demonios aterroriza y ahuyenta; Madre de la ciencia, porque á los extraviados dirige y Madre de la santa esperanza, porque benignamente recibe á los pecadores.

26 Spc. B. Virg. cap. 8.  
27 I. Part. quest. XXV, a. 8.  
28 Serm. Signum magnum.  
29 Div. Bernard. in Apocalyp.  
30 IV part. tit. V, cap. XX, par. 2 in Eccles.

## XII

### Predicado por el R. P. Fr. Rafael J. Mendez, el dia 21 de Octubre.

Introbimus in tabernaculum eius; adorabimus in loco ibi steterunt pedes ejus. Entraremos en su Santuario; adoraremos en el mismo sitio donde puso sus pies. — Salmó CXXXI, v. 7.

El culto mariano es la nota poética en el credo armonioso de la religión de Jesucristo. Conjunto admirable de verdades naturales y dogmas revelados que hablan á la fría inteligencia: código sublime de preceptos morales que fijan el rumbo de la voluntad en la práctica del bien, el catolicismo, religión de amor, necesitaba templar la severa majestad de sus leyes y doctrinas con algún bello ideal que, hiriéndonos en las fibras del corazón y del sentimiento, nos mostrase, no ya posible, sino fácil y obvio el llegar al comercio íntimo con el soberano Hacedor que, al decir del Apóstol, *habita en luz inaccessible*. (1) Y como quiera que *son perfectas las obras divinas*, (2) interpuso Dios entre El y la humanidad, entre el cielo y la tierra una nueva creación, pero más bella, radiante y pura que aquella otra por la que, al poder de su palabra, brotó de la nada el universo, y se encendieron los soles, y se poblaron los mundos, y en los espacios infinitos y en la dilatada tierra hubo luz, vida y movimiento.

Adivinaréis, amados oyentes míos, el nombre de esa portentosa creación; pero en vano se esforzarían la más vigorosa inteligencia y la imaginación más rica en describirnos y pintarnos la grandeza, el poder, el esplendor y la hermosura que reconoció el Altísimo en la obra maestra de sus manos. Aquellos inspirados Videntes, que bebieron los raudales purísimos de su ciencia en las fuentes inagotables del Verbo, y que, poseídos del espíritu de Dios, revelaron al mundo los arcanos de la Divinidad, y en arranques de poesía inimitable cantaron sus bondades y misericordias siempre antiguas, no hallaron en el humano lenguaje palabras adecuadas para expresar la belleza soberana con que la Virgen de Judá se ofreciera á sus miradas proféticas: por eso la mostraron al mundo bajo el misterioso simbolismo á donde se dan cita el historiador, el filósofo, el orador, el artista, el poeta, cuantos, en una palabra, se proponen estudiar las grandezas de María é intentar rastrear los tesoros de esplendente gloria, los destellos de claridad, los encantos de amor con que desde la eternidad la atavió el Eterno. En las místicas alegorías de los Profetas la Virgen santa es la flor misteriosa que brota de la vara de Jessé, en la cual habia de hallar dulce reposo el Espíritu Santo; (3) es el lirio de los campos, que no pierde su frescura y rozagancia entre las espinas y asperezas de este mundo; (4) es la palma de Cades que, esbelta y deliciosa, se balancea en las alturas; (5) es el cinamomo de los bosques, que embalsama y aromatiza el ambiente, y con su benéfica sombra refrigerera el caldeado arial en que se abrasa y consume la humana vida; (6) es el delgado espiral de ligero humo, formado de escogida mirra y de todos los perfumes; (7) es el jardín ameno de los Cantares, cercado en derredor; (8) es la fuente sellada, cuyas aguas cristalinas no han tocado jamás los labios mortales de ninguna creatura; (9) es, en fin, la primogénita de Dios en la manifestación de su potencia creadora. (10) Escuchad: es la misma Virgen quien nos habla así por Salomón en sus Proverbios:

1 Ps. ad Tim. VI, 16.  
2 Deut. XXXII, 4.  
3 Isau. XL, 1 y 2.  
4 Cant. II, 2.  
5 Ecl. XXIV, 18.  
6 Ecl. XXIV, 29.  
7 Cant. III, 6.  
8 Cant. IV, 1.  
9 Ibid.  
10 Ecl. XXIV, 5.

He concluido, católicos mexicanos. ¿Cómo no saludar, en un día como éste de honor y de gloria, á María Santísima de Guadalupe con las elegantes frases del Crisóstomo? Salve ¡oh Madre! que sois el mismo cielo, gloria y sostén de nuestra Iglesia: *Ave, Mater, coelum, thronus, Ecclesia nostra decus, gloria et firmamentum*. ¿Te ofreceré, Soberana Reina, la imperial corona de oro con que la Iglesia de mi Patria y con autoridad pontificia va á adornar tu hermosísima Imagen, á nombre y por mandato del Pontífice León XII: *Suo nomine et jussu aureo diademate coronari*? ¿Te presentaré los innumerables santuarios, altares é imágenes de Guadalupe, que hay en toda esta Nación, que te pertenece de un modo singular, y que son tenidos en grande veneración porque son tuyos y entre esos templos te presentaré el que, allá en un rincón ignorado del mundo, te edificó por gracia y especial ayuda de Dios este tu indigno hijo? Entonces, junto con mi inolvidable parroquia, te dedicaré que henchido de entusiasmo te dedicaba aquel templo; y con A. M. P. de nuevo te decia: Tú, á quien no hay una flor por olvidada... que á tus ojos de Madre, una mirada, en su pobre rincón, no te merezca. . . . En tu bondad y tu clemencia dame de tu amor una chispa que me inflame y un rayo de tu luz que me ilumine. ¿Te ofreceré místicas flores del alma y con ellas, las espinas del sufrimiento, y de aquel sufrimiento que tú bien sabes cuál es y que callo porque . . . callar debo? . . . . .

Pongo á tus plantas los corazones de mis compatriotas correligionarios; se formará tu excelso trono con estos corazones; las lágrimas de las exclaustradas vírgenes mexicanas, serán las perlas y piedras preciosas que adornen tu corona; las oraciones fervientes de mis compañeros sacerdotes serán tu vasallaje.

¡Soberana Reina de los cielos, amorosa Madre de los mexicanos! ya, pronto, muy pronto, se apagará la voz en mi garganta: ya mis ojos pronto dejarán de contemplar tu celestial y hermosísima Imagen. ¿Nos olvidaremos de ti? Ah! Si nos olvidáremos de ti ¡oh María de Guadalupe, mística Jerusalén, Jerusalén hermosa: *formosa tanquam Jerusalem*! entregadas sean al olvido, secas queden nuestras manos diestras; si no nos acordáremos de ti ¡oh Sión santa! oh! ¡tú, María, la Hija de Sión! pegadas queden al paladar las lenguas nuestras, si no nos propusiéramos á ti: *Si non proposuerio Jerusalem in principio letitiae meae*, (31) Virgen inmaculada, por objeto de nuestro corazón, que la helada mano de la muerte, inexorable, sin piedad, corte el hilo de nuestra vida.»

Tú, Virgen pura, después de Dios, serás siempre el primer objeto de nuestra alegría, de nuestro amor y de nuestra gloria, durante nuestra peregrinación en esta tenebrosa tierra de dolor y de miserias. Jamás se borrará de nuestro agrandecido pecho tu maravillosa Imagen, hasta que en el cielo, contemplándote, gocemos de tu amable presencia, y Tú, con tu piadosa y poderosa mano, por haberte coronado, ciñas lassienes con inmarcesibles guirnaldas de gloria, á los mexicanos, tus queridos hijos, que fieles fuimos á la Religión y á tu amor.

FIAT, FIAT.

31 Psalm. CXXXVI, vers. 5 y 6.

NOTA.—Siendo la demostración científica de la verdad de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, uno de los más grandes honores que los mexicanos pueden rendir á su Augusta Madre en el día eternamente memorable de su Coronación, el que escribió este pobre y desaliñado discurso, juzgó que la referida demostración sería el mejor vasallaje que pudiera ofrecer á la Soberana de México; por esta razón, entre los muchos asuntos que pudieran tratar, eligió el mencionado y principalmente porque con la Coronación se puso el sello de la autoridad pontificia á la verdad de la aparición de la Madre de Dios en la nación mexicana. Dignese la Reina del Tepeyacatl aceptar el pequeñísimo tributo de la pobre inteligencia de EL AUTOR.